

ISSN 2683-3239

SILLARES

Revista de Estudios Históricos

9



UANL



CEH
UANL

CENTRO DE
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

NÚMERO

10

ENERO-JUNIO
2026

05
VOL.

Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

La contingencia histórica y el significado en la historia

Historical contingency and meaning in history

Manuel Tolentino Rodarte

<https://orcid.org/0000-0002-6531-599X>

Universidad Veracruzana

Xalapa, México

Recibido: 23 de marzo de 2025

Aceptado: 25 de noviembre de 2025

Editor: Adela Díaz Meléndez. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2026, Tolentino Rodarte, Manuel. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares5.10-177>

Email: manueltolentinor@gmail.com

La contingencia histórica y el significado en la historia

Historical contingency and meaning in history

Manuel Tolentino Rodarte
Universidad Veracruzana
Xalapa, México
<https://orcid.org/0000-0002-6531-599X>

Recibido: 23 de marzo de 2025

Aceptado: 25 de noviembre de 2025

Resumen: El presente trabajo propone un marco integrador para comprender la construcción y disputa de los significados históricos a partir de tres ejes fundamentales. En primer lugar, se examina la evolución de la historiografía hasta la formulación de la Historia Conceptual de Koselleck, destacando la tensión entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas como marco para interpretar la transformación de los conceptos en el tiempo. En segundo lugar, aborda la contingencia histórica como el momento en que coyunturas específicas -marcadas por crisis, rupturas y cambios sociales- generan procesos de resignificación que disputan y reconfiguran el pasado desde las demandas y perspectivas del presente. Finalmente, examina el control semántico, entendido como el mecanismo mediante el cual las ideologías y estructuras de poder filtran y regulan la producción y circulación de significados, que, al articularse con la analítica semiótico-política, proporciona herramientas para mapear la lucha por el significado en contextos de transformación.

Este enfoque multidisciplinario subraya que la historia es un campo de lucha simbólica en el que los conceptos se reformulan continuamente en función de las condiciones sociopolíticas, lo que permite una lectura crítica de la memoria colectiva y de las identificaciones sociopolíticas que se sustentan.

Palabras clave: Historia conceptual, contingencia histórica, control semántico, semiótica-política, significado histórico..

Abstract: This paper proposes an integrative framework to understand the construction and contestation of historical meanings through three fundamental axes. First, it examines the evolution of historiography up to the formulation of Reinhart Koselleck's Conceptual History, emphasizing the tension between the space of experience and the horizon of expectations as a framework for interpreting the transformation of concepts over time. Second, it addresses historical contingency as the moment when specific conjunctures -marked by crises, ruptures, and social changes- generate processes of resignification that contest and reshape the past from the demands and perspectives of the present. Finally, it explores semantic control, understood as the mechanism through which ideologies and power structures filter and regulate the production and circulation of meanings. When articulated with semiotic-political analysis, this provides tools for mapping the struggle over meaning in contexts of transformation.

This multidisciplinary approach underscores that history is a field of symbolic struggle in which concepts are continuously reformulated based on sociopolitical conditions, enabling a critical reading of collective memory and sociopolitical identifications.

Key words: Conceptual history, historical contingency, semantic control, semiotic-political analysis, historical meaning.

Presentación

El presente trabajo explora la relación entre la contingencia histórica, el control semántico y la semiótica para el despliegue de politicidades sociales discursivas, con el objetivo de desarrollar una reflexión integradora que permita comprender cómo los significados históricos son configurados, disputados y estabilizados en distintos contextos experienciales de coyunturas situadas. Se parte de la premisa de que los procesos históricos no siguen una linealidad, sino que se configuran a través de rupturas y continuidades precisamente identificables en el proceso de su constitución, lo que implica que la producción del sentido histórico es un campo de disputa desde las coyunturas que lo ven nacer. En este marco, la historia se entiende como un campo de disputa en el que los significados emergen, se enfrentan y se estabilizan desde las coyunturas específicas que los constituyen.

Para abordar esta cuestión, se articulan tres ejes de análisis. En primer lugar, la tensión entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas en perspectiva historiográfica koselleckiana (Koselleck, 1993, 2004, 2006), que permite comprender cómo los conceptos históricos se configuran en la intersección entre lo vivido y lo proyectado, ideas desplegadas operativamente en intelecciones de la Historia Conceptual, donde, como dice Koselleck, “cada concepto fundamental contiene varios estratos profundos procedentes de significados pasados, así como expectativas de futuro de diferente calado.” (Koselleck, 2004: 37-38). En segundo lugar, la noción de control semántico propuesta

por Serey (2021), que critica los límites de la historia conceptual al apuntar cómo las cuestiones ideológicas y las estructuras de poder privilegian ciertos significados sobre otros, regulando la circulación del sentido histórico. Finalmente, desde una perspectiva político-discursiva, la ruta semiótico-política (Verón, 1993; Laclau, 2000; Tolentino, 2024) puede aportar algunas lógicas operativas para examinar las configuraciones narrativas, las identificaciones colectivas y las tensiones ideológicas que estructuran las luchas por la fijación de sentido en el tiempo y en la historia.

Desde esta perspectiva, la reflexión plantea que la integración entre historia conceptual, control semántico y semiótica política no sólo permite comprender cómo los significados históricos se configuran, sino también cómo son disputados y estabilizados en los escenarios de conflicto y negociación. De este modo, se busca aportar un marco teórico-metodológico que contribuya a una lectura crítica de la producción de sentido histórico, capaz de reconocer la historicidad de las identificaciones sociopolíticas y su carácter contingente.

El texto se organiza en cuatro apartados. El primero presenta el marco epistemológico historiográfico y discute los conceptos centrales. El segundo examina el control semántico desde la postura de Serey (2021) como crítica a los postulados de la historia conceptual koselleckiana. El tercer apartado propone una integración teórico-metodológica entre historia conceptual, control semántico y semiótica política. Finalmente, a manera de

cierre se plantea la importancia de una historiografía crítica que reconozca el carácter de disputa de los significados fundacionales de la coyuntura que cuestiona y su inscripción en procesos de contingencia histórica.

I. La configuración del tiempo y el sentido histórico

El estudio de la historia ha estado marcado por transformaciones en la manera de concebir y practicar la disciplina, lo que ha derivado en una evolución de sus métodos y enfoques epistemológicos (Guerrero, 2011). Según Iggers (1997), este recorrido puede agruparse en tres grandes momentos: el surgimiento de la historia como disciplina profesional en el siglo XIX, la incorporación de métodos de las ciencias sociales en el siglo XX y el desafío posmoderno a la narrativa histórica. Sin embargo, como señalan Zermeño (2005) y Florescano (2012), estos procesos no deben entenderse como fases lineales o sustituciones tajantes, sino como estratos superpuestos en los que coexisten y se reconfiguran distintas formas de hacer historia:

“A lo largo de los siglos los historiadores se han empeñado en precisar los objetivos y metas de su disciplina. (...) La que hoy aceptan la mayoría de los historiadores reposa (...) y se apoya en tres pilares: 1) la *fase documental* (...) cuyo fin último es el establecimiento de la prueba documental, la presentación propiamente dicha de los hechos. 2) La *fase explicativa comprensiva* (...) al abanico de modos de explicación capaces de hacer inteligibles las acciones humanas (...). 3) Por último, encontramos la *fase (...) de la representación historiadora*, o sea, la configuración literaria o escrituraria del

discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia.”
(Florescano, 2012: 259-260).

Esta pluralidad de historiografías de la Historia sugiere que no sólo busca reconstruir el pasado, sino que en parte responde también a las necesidades intelectuales, políticas y afectivas de los presentes que la producen (De Certeau, 2000).

Durante el siglo XIX, el positivismo documentalista instituyó un ideal de objetividad centrado en el uso riguroso de fuentes primarias, con el propósito de mostrar el pasado de la manera más transparente y objetiva; un lema del historiador alemán Leopold von Ranke, quien proponía narrar la historia desde fuentes primarias y comprender el pasado en sus propios términos, sin juicios contemporáneos (Iggers, 1997; Florescano, 2012). Esta visión consolidó la historia como una disciplina científica documental, pero redujo el trabajo historiográfico a la búsqueda y acumulación de datos, con un énfasis en esa aséptica reconstrucción fidedigna del pasado.

No obstante, este modelo fue objeto de críticas por su carácter reduccionista. Como señaló Carr (1961), el énfasis en los hechos aislados descuidaba la reflexión sobre su sentido y su articulación en procesos más amplios. De manera similar, Appleby, Hunt y Jacob (1998) subrayaron que, al privilegiar la acumulación de datos, el positivismo tendía a simplificar la complejidad del devenir histórico e invisibilizar las dimensiones subjetivas -emocionales y políticas- y conflictivas de la experiencia humana.

En consecuencia, la pretensión de esta neutralidad documentalista -*facts*- dejaba de lado la interpretación y la inevitable carga ideológica que atraviesa toda narrativa o relato histórico.

Estas limitaciones apuntan a por qué, en el siglo XX, diversas corrientes historiográficas comenzaron a cuestionar el paradigma dominante, señalando su falta de problematización del pasado y su tendencia a limitarse a la mera descripción de los hechos, “un viraje que cambió los paradigmas cognitivos, temáticos y metodológicos de la disciplina” (Florescano, 2012: 265). Un punto que abre el planteamiento en la reflexión que la historia no puede entenderse como simple recolección de datos, sino también como una construcción selectiva influida por las condiciones y preocupaciones del presente, pues como advierte Sarlo (2005), esta problematización implica reconocer que “el regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino una captura del presente” (Sarlo, 2005: 9).

*Crisis en la objetividad de la historia y
la apertura a nuevas perspectivas*

El cuestionamiento y el señalamiento de las limitaciones de la objetividad en la historia, desde mediados del siglo XX, hace que la historiografía amplié sus objetos de estudio y sus enfoques metodológicos. De manera muy general y sucinta, por un lado, el marxismo introduce la idea de la historia como campo de lucha, donde los procesos debían comprenderse a partir de las relaciones económicas y los conflictos sociales. A su vez, la Escuela de Sillares, vol. 5, núm. 10, 2026, 235-275

los *Annales d'histoire économique et sociale*, con Marc Bloch y Lucien Febvre entre otros posteriores, propone una visión multidisciplinar que incorporaba la larga duración y los factores económicos, sociales y culturales (Febvre, 1970). Y, más tarde, la historia social y cultural abre la disciplina a nuevos actores y objetos, impulsando una “historia desde abajo” que otorgó voz a sectores subalternos (Hobsbawm, 1983).¹

Asimismo, el denominado “giro lingüístico” desplaza aún más el horizonte de análisis. Autores como Foucault (1969) y Derrida (1967) trabajan directamente con objetos donde el pasado no es una entidad objetiva que el historiador recupera, sino una construcción atravesada por lo lingüístico, las prácticas discursivas y las relaciones de poder. Este giro historiográfico de finales del siglo XX también incorpora perspectivas como la historia desde lo cotidiano (De Certeau, 2000), la historia subalterna (Guha, 1988) y el análisis de lo narrativo en la historiografía (White, 1992, 2001). Estos enfoques no sólo amplían el campo de estudio de lo histórico, también abren una serie de posibilidades de intelección sobre su dimensión lingüística y su despliegue discursivo.

Por lo tanto, esta crítica a la historiografía también pone en el debate la posibilidad de una representación objetiva del pasado. Por ejemplo, Aurell (2006), citando a White dice, “pocas

¹ Los historiadores sociales se han orientado, por un lado, hacia la historia de la industrialización y la tradición de los Annales, centrada en estructuras de larga duración -geografía, economía, demografía-; y, por otro, hacia la historia de la vida cotidiana y de las mentalités, atenta a las experiencias subjetivas y los imaginarios colectivos. (Burke, 1997; Iggers, 1997; Florescano, 2012).

frases han tenido un efecto tan profundo en las ciencias sociales como las que escribió Hayden White en 1978: “Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus formas análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias” (Aurell, 2006: 627). Según White (2001), la historia no es sólo una reconstrucción de hechos, sino una estructura narrativa con elementos literarios y retóricos: “Las historias combinan datos, conceptos teóricos y una estructura narrativa que los presenta como modelos de acontecimientos pasados” (White, 2001: 9).

Desde estas aperturas de perspectivas, el historiador no sólo seleccionará y ordenará los acontecimientos, sino que también impone una interpretación a través de su estructura narrativa y sus gramaticalidades discursivas, lo que ha llevado a debates sobre el carácter situacionista, subjetivo e ideológico de la historia (Appleby, Hunt y Jacob, 1998; White, 1992, 2001; Foucault, 1969; De Certeau, 2000).

Dicho lo anterior, hay dos dimensiones historiográficas medulares para la reflexión sobre una analítica de la contingencia, la semiótica del pasado y la dinámica societal del tiempo. En este marco, a) la contingencia histórica introduce la idea de que el devenir del tiempo no es lineal ni determinado, sino de espacios y momentos de rupturas y continuidades que reconfiguran y se disputan los significados en función de condiciones situadas

desde presentes específicos que interrogan el pasado. Y, por otro lado, b) la historia conceptual koselleckiana que permite comprender cómo los sentidos del pasado son moldeados por prácticas simbólicas, representaciones y estructuras discursivas que configuran la memoria y la identidad colectiva en distintos momentos históricos. Ambas intelecciones historiográficas contribuyen a la reflexión sobre una apertura epistemológica, sobre las que desarrollamos una analítica semiótica-política en perspectiva histórica.

I.1. La contingencia histórica y la inconsistencia del pasado (a)

La contingencia histórica descentra cualquier intento de universalizar leyes en la Historia, como las que se proyectan desde historiografías positivistas, con narrativas lineales sobre grandes eventos y personajes, e incluso visiones teleológicas basadas en materialismos históricos, económicos o culturalistas. Tampoco se adscribe por completo a las críticas discursivo-constructivistas que buscan nuevas formas de interpretar el pasado (Appleby, Hunt y Jacob, 1998; Guha, 1988) ni a las aproximaciones retórico-narrativas que consideran la historia como un fenómeno literario autocontenido (White, 1992, 2001). Antes bien, la contingencia, en la escritura de la historia, no remite a un pasado fijo o necesario, sino a la conciencia de que todo relato histórico está condicionado por la mirada y las operaciones de historizar. Como señala Nava Murcia (2025), “el discurso histórico, al voltear a ver el pasado para decir algo de éste, se da cuenta de que, con ese acto, resulta

que todo lo que ella toca lo vuelve contingente. Este darse cuenta es posible porque, en el mismo acto de mirar al pasado, se observa a sí misma en sus propias operaciones, las cuales le indican, a su vez, la contingencia de su propio oficio y, por tanto, de todo lo que pueda decir sobre el pasado” (Nava, 2025: 228). De este modo, la historia se configura como un saber situado y abierto a la multiplicidad de posibles pasados.

Entonces, la historia no es ya esa estructura estable a la cual asir el presente, sino un entramado discursivo que se transforma constantemente desde una coyuntura situada que enuncia el tiempo pasado. Donde la significación histórica no remite únicamente a la transmisión de hechos o datos de ese pasado asequible porque ahí esté, sino a un proceso activo de construcción de sentido, en el que distintos actores disputan qué elementos se vuelven recuerdos, cómo se deben interpretar y qué efectos se pretenden en el presente y en el futuro. Y así, la historia no sólo se narra, sino que se resignifica continuamente, dependiendo de marcos coyunturales (ideológicos, políticos, sociales y ambientales) desde los cuales se articula su sentido. A decir de ello, el análisis discursivo (Juárez y González, 2024; Mariñez, 2008) permite objetivar el conocimiento histórico, no como una reconstrucción neutral del pasado, sino como una observación situada en relaciones discursivas del presente, donde los significados históricos emergen en función de las condiciones actuales de enunciación.²

² De ahí la potencia de algunas herramientas semióticas para desentrañar mediante la coherencia y la trama, relaciones y perfiles de significación del Sillares, vol. 5, núm. 10, 2026, 235-275
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares5.10-177>

La contingencia histórica: un marco de observación del tiempo

El giro hacia enfoques multidisciplinarios en el quehacer historiográfico (Burke, 1997; Dogan y Pahre, 1993) permite reconocer que la historia no constituye un relato fijo, sino un campo de disputa en el que se articulan y temporalizan tanto las subjetividades políticas como las estructuras sociales del presente, y ese presente puede tener una temporalidad multisituada. En este marco, la historia no sólo reconstruye el pasado, sino que es también un campo de lucha donde se resignifican las identificaciones políticas, las relaciones de poder y las condiciones socioeconómicas situadas en coyunturas particulares.

Así pues, se dibuja la idea de que lejos de asumir una esencia histórica inmutable, la historia se habita y se produce políticamente en cada presente. Pues como plantea Sarlo (2005), el recuerdo no es un acto voluntario ni una simple recuperación del pasado, sino un proceso en el que el pasado se reapropia del presente y se inscribe en él. En este sentido, recordar es una práctica que no puede dissociarse de las condiciones del presente y de las expectativas sobre el futuro: “El recuerdo insiste porque, en un punto, es soberano e incontrolable (en todos los sentidos de esa palabra). El pasado, para decirlo de algún modo, se hace presente. Y el recuerdo necesita del presente porque, como lo

tiempo: los conflictos, necesidades y luchas discursivas que atraviesan cada coyuntura de enunciación de un pasado.

señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo propio del recuerdo es el presente” (Sarlo, 2005: 10).

De esta manera, queremos resaltar que reflexionar sobre la contingencia histórica no se limita a la reconstrucción de eventos, sino que revela la inestabilidad del sentido histórico, es decir, la imposibilidad de fijar un único significado del pasado, para considerar las condiciones y disputas del presente que le cuestiona al tiempo significaciones para identificarse.

La inconsistencia de la historia e implicaciones para su aprehensión

Como entrada a un punto de vista metodológico, asumir la inconsistencia de la historia nos permite operar tres niveles para la crítica histórica. (1) El testimonio como recurso histórico, donde la relación entre la primera y la tercera persona revela la enunciación como un acto contingente, en el que la subjetivación del presente no sólo condiciona, sino que también resignifica la reconstrucción del pasado. (2) Las estructuras sistémicas y su temporalidad, que evidencian cómo los discursos históricos emergen en marcos de poder que regulan la memoria y estabilizan ciertos significados, en consonancia con la lógica del control semántico que filtra y legitima interpretaciones específicas. (3) El cruce entre lo social y lo político, que concibe la historia como un proceso contingente en el que lo instituido y lo situacional se entrelazan, configurando un terreno de disputa simbólica. Aquí, la analítica semiótico-política permite mapear cómo estas disputas

se materializan en antagonismos, negaciones y resignificaciones que operan en la configuración de los sentidos del pasado.³

Desde esta óptica, el punto de observación de la historia es siempre un presente, aunque este se halle en temporalidades pasadas, siempre será un diálogo donde se configuran continuidades, rupturas y, particularmente, identificaciones sociopolíticas. Así, la historia no puede reducirse a un relato lineal, sino que debe entenderse como un campo de disputa, en el que múltiples actores intervienen para fijar, transformar o desafiar sus significados fundacionales pasados. Pues desde la perspectiva narrativa y semiótico-política, la historia no es sólo lo que sucedió, sino cómo se cuenta y quién tiene el poder de contarlo, pues nos dice más de lo que está sucediéndose. La narratividad histórica (White, 1992, 2001) muestra que todo relato del pasado es una construcción estructurada, mientras que la semiótica política evidencia que los discursos no sólo representan la historia, sino que la instituyen y delimitan como algo decible en cada coyuntura (Buenfil, 1993).

En este sentido, no se trata sólo de analizar la forma narrativa del momento temporal, sino de examinar las condiciones estructurales y políticas que lo hacen posible. La historia debe ser

³ Desde esta óptica, el punto de observación de la historia es siempre un presente. Este enfoque implica romper con la noción de que la historia sólo la hacen los Estados, las élites o los grandes movimientos, y en su lugar, dar espacio a nuevas interpretaciones que emergen desde diferentes empíricos observables, a veces complejos para asir, pues pueden hacer referencias a momentos temporales y de habitabilidad.

comprendida como un proceso en construcción, donde memorias colectivas y narrativas antagónicas coexisten en una disputa permanente por el sentido del pasado y su relación con el presente que lo ve nacer al historizarle.

I.2. Historia Conceptual y disputa por el sentido del tiempo (b)

Asimismo, debemos integrar a la reflexión la idea historiográfica propuesta por Koselleck (1993, 2004), pues la Historia Conceptual representa una lógica de intelección donde los conceptos en perspectiva histórica no son neutros ni estáticos que se trasladan entre periodos “pasados” listos para comparaciones entre temporalidades, sino que evolucionan a medida que cambian las condiciones sociales y políticas.⁴ De esta manera, la Historia Conceptual ofrece un marco epistemológico que permite conectar el estudio de los conceptos con los procesos de experiencias particulares, permitiendo problematizar la dimensión interpretativa y contingente del pasado -desde la Historia-.

Koselleck desarrolla un marco clave para comprender la transformación de los significados en el tiempo. Al introducir la

⁴ En este contexto de transformaciones teóricas, Koselleck desarrolla la historia conceptual, que analiza la evolución de los conceptos en función de los cambios políticos, sociales y culturales. Para Koselleck, los conceptos no son términos estáticos con un significado único, sino “contenedores de experiencia” metahistóricos, es decir, estructuras semánticas que condensan significados acumulados del pasado y abren posibilidades hacia el futuro (Koselleck, 1993, 2004).

tensión entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas (Koselleck, 1993), muestra que los conceptos históricos no son neutros ni estáticos, sino que evolucionan en función de las crisis, entre disputas ideológicas (Serey, 2021) y relatos coyunturales específicos (Tolentino, 2024). Lo que permite conectar la historia con la lucha por la fijación del sentido y el control semántico, destacando que la memoria colectiva y los discursos históricos son espacios de disputa en los que se estabilizan y resignifican ciertos términos según las condiciones del presente de su enunciación.

El estudio de la Historia implica analizar los hechos del tiempo para comprender cómo los significados que estructuran nuestra visión del mundo han sido moldeados por procesos políticos, sociales y discursivos. En este sentido, el diálogo con la Historia Conceptual permite una lectura crítica del pasado, al reconocer que la historia no es un relato cerrado, sino un campo de lucha por un significado en constante transformación. Una propuesta fundamental para analizar la evolución de los conceptos históricos y su papel en la estructuración del pensamiento político y social en las sociedades contemporáneas: “La historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) de Reinhart Koselleck se ocupa de recopilar y explicar los conceptos históricos que hicieron fortuna en el curso histórico de la Europa moderna para así poder entregar fundamentos convincentes en el orden conceptual que permitan entender los cambios ocurridos en distintos momentos históricos.” (Serey, 2021: 177).

Tensión entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas

Uno de los aportes centrales de Koselleck es su distinción entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas (1993), una relación clave para entender la transformación conceptual en el tiempo y entre distintos momentos históricos.

Por un lado, el espacio de experiencia refiere al conjunto de vivencias acumuladas en el pasado, que estructuran la manera en que las sociedades interpretan su presente. Estas experiencias no son homogéneas ni completamente accesibles, sino que se transmiten y reconfiguran a través de la memoria colectiva. Mientras, por otro lado, el horizonte de expectativas se proyecta hacia el futuro y representa los deseos, temores o proyecciones de lo que se espera que ocurra. No es una simple extensión del pasado, sino un ámbito de posibilidad que puede entrar en conflicto con la experiencia acumulada.

La experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena. En este sentido, la Historie se concibió desde antiguo como conocimiento de la experiencia ajena.

Algo similar se puede decir de la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir.

Esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad forman parte de la expectativa y la constituyen.” (Koselleck, 1993: 336-337)

Esta tensión es clave para comprender cómo se configuran y transforman los conceptos en distintos momentos históricos. En situaciones de estabilidad, la relación entre experiencia y expectativa puede ser armónica, ya que las proyecciones futuras suelen basarse en las experiencias previas. Sin embargo, en momentos de crisis o transformación social, esta relación se ve alterada, generando disputas en torno a la resignificación de los conceptos (Koselleck, 1993).

Así pues, la propuesta de Koselleck permite concebir la historia no como una simple acumulación de hechos, sino como un proceso dinámico de resignificación, donde los significados están en constante disputa. Esta perspectiva es fundamental para la crítica historiográfica, pues implica que los conceptos no tienen un fundamento o contenido dado de antemano aplicable a diversos periodos de tiempo, sino que más bien su análisis debe partir de las luchas discursivas de los contextos específicos de su enunciación, presentes o pasados.

Sin embargo, esta crítica histórica no sólo debe registrar los cambios en los significados, sino también comprender quiénes participan en su resignificación y bajo qué condiciones sociopolíticas. Esto abre la puerta a un diálogo con la crítica del control semántico (Serey, 2021) que introduce la dimensión

ideológica en la estabilización de los significados, mostrando que “la historia del pasado” no sólo ocurren en la esfera material, sino también en el terreno lingüístico y de su interpretación temporalizada.

II. El control semántico y la disputa por la fijación del significado en la historia

La noción de control semántico Serey (2021) se refiere al mecanismo mediante el cual las ideologías y estructuras de poder regulan la producción y circulación del significado, estableciendo qué interpretaciones se consolidan y cuáles son excluidas del debate histórico. Con esta lógica conceptual, Serey, introduce una crítica a la historiografía koselleckiana, al argumentar que la transformación de los conceptos históricos no es sólo el resultado de una interacción entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas, sino que también está condicionada por relaciones de poder que buscan estabilizar ciertos sentidos para la experiencia y las expectativas, y marginalizar otros. En este sentido, esta lógica permite analizar cómo la historia es un campo de disputa ideológica, en el que diversos actores políticos e intelectuales buscan fijar significados dominantes y delimitar el campo de lo decible y lo pensable en un contexto temporal determinado.

II.1. La crítica de Serey a la historia conceptual

La historia conceptual de Koselleck (1993, 2004) sostiene que los conceptos históricos funcionan como contenedores de experiencia,

que condensan significados heredados del pasado y proyectan expectativas hacia el futuro. Para Koselleck, la transformación de los conceptos, en función de las tensiones entre lo vivido y lo esperado, permite explicar por qué ciertos términos adquieren nuevos sentidos en diferentes momentos históricos.

Si bien el enfoque koselleckiano ofrece una perspectiva valiosa para comprender la evolución de los conceptos, Serey (2021) argumenta que la propuesta no sistematiza **cómo** dichas transformaciones están estructuradas por el poder y la ideología. En otras palabras, Koselleck estudia cómo los significados cambian en el tiempo, pero no analiza críticamente cómo y por qué algunos sentidos logran estabilizarse mientras otros son marginados o reprimidos.

Desde la perspectiva de Serey, el control semántico opera como un filtro ideológico en la producción de sentido en la historia -de un pasado-. Este se enlaza con la contingencia histórica, ya que la indeterminación propia de lo histórico introduce inestabilidad en la configuración de los significados, al poner en tensión las formas en que se constituyen.

En este marco, es clave subrayar el carácter contingente de lo histórico: la evolución de los conceptos no sigue un rumbo predeterminado, sino que está marcada por rupturas y coyunturas en las que distintos actores compiten por resignificar el pasado y orientar el futuro (Koselleck, 1993; Castoriadis, 1986, 2001; Laclau, 2000). En estos momentos de crisis, la lógica -intelección- del control semántico señalada por Serey se vuelve particularmente

sensible al dinamismo temporal de lo social, en tanto las estructuras de poder intentan fijar ciertos sentidos para evitar interpretaciones disruptivas que desafíen el orden establecido.

Un ejemplo claro es el término *democracia*, mientras en la polis griega estaba ligado a la participación directa, en la modernidad se redefinió para adaptarse a modelos parlamentarios, o incluso para designar estilos de vida y formas de sociabilidad (Castoriadis, 1996). Estas transformaciones, aunque se objetivan como desarrollos semánticos, pueden ser sistematizadas como dinámicas de mediaciones ideológicas en las que distintos grupos políticos disputan imponer su versión del término como la única legítima, de acuerdo con intereses situados en coyunturas específicas.

II.2. Estrategias de fijación del significado: la estabilización semántica del tiempo

El control semántico se implementa mediante estrategias de fijación del significado, es decir, mecanismos que consolidan una interpretación específica del pasado -y de todo lo que ello significa implica para el presente de su enunciación- presentándola como natural o inevitable. Entre estas estrategias destacan los mecanismos de naturalización (documentalista, teleológica, materialista, etc.), que ofrece una lectura como única válida, ocultando su carácter contingente; la exclusión discursiva, que invisibiliza o desacredita narrativas alternativas para impedir que otros tiempos ganen legitimidad en el espacio público de enunciación del pasado;

la repetición constante de un significado en distintos espacios institucionales y públicos, que refuerza que dicha “realidad” se convierta en una referencia estable sobre “el pasado”; y la institucionalización de una idea, al incorporar ciertos significados en normativas, políticas de gobierno y formas de socialización, fijando los significados de un pasado a nivel estructural-social.

Estos mecanismos no sólo estabilizan significados en el presente, sino que también moldean cómo se recuerda el pasado y cómo se proyecta el futuro, generando un bucle que historiza el tiempo en el presente. Por ello, el control semántico es clave en la disputa por las significaciones de los tiempos sociales, al definir los límites de lo que puede ser dicho, pensado y aceptado en un determinado orden discursivo del presente, pasado o futuro.

Dicho esto, la introducción del concepto de control semántico en el análisis histórico, que ha iniciado Serey, tiene varias implicaciones. Por un lado, permite una lectura crítica de la historia conceptual, al evidenciar que la transformación de los conceptos no es sólo el resultado de una evolución semántica interna, sino un proceso estructurado por relaciones de poder y situaciones temporales.

Un dispositivo estabilizador

El control semántico, en tanto mecanismo de regulación del significado histórico, es un dispositivo⁵ que estructura la forma en

⁵ En el marco de la crítica historiográfica, la categoría de dispositivo puede entenderse como una noción que permite explicar los mecanismos -materiales, Sillares, vol. 5, núm. 10, 2026, 235-275
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares5.10-177>

que la experiencia es interpretada y proyectada hacia el futuro. Si bien Koselleck (1993) explica la transformación de los conceptos en función de la relación entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas, Serey (2021) problematiza esta visión al mostrar que tal transformación no ocurre en un vacío neutral, sino dentro de un campo de disputa en el que las ideologías intentan consolidar y defender interpretaciones hegemónicas e institucionalizadas del pasado.

En esta dirección, Serey (2021) advierte que la historia conceptual de Koselleck corre el riesgo de volverse una práctica meramente descriptiva si no incorpora el análisis de cómo las ideologías ejercen un control semántico sobre los conceptos, priorizando ciertos significados y desplazando otros. Como indica, “la noción de control semántico, que es ejercido por las ideologías, que determinan la primacía de ciertos contenidos semánticos sobre otros, permite poner de relieve y solucionar este problema” (Serey, 2021: 176). Así, mientras que para Koselleck (1993) los conceptos se transforman en la tensión entre experiencias pasadas y expectativas futuras, Serey enfatiza que esas transformaciones siempre están atravesadas por disputas ideológicas que buscan estabilizar sentidos hegemónicos y

sociopolíticos y culturales- que estructuran y regulan los significados históricos. Así, un dispositivo historiográfico funciona como un régimen de significación que organiza los marcos interpretativos desde los cuales se comprende y representa el pasado. Esto abarca la construcción de archivos, la selección y jerarquización de fuentes, así como la instauración de cánones para la sistematización del conocimiento histórico.

excluir alternativas. En consecuencia, el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas no sólo operan como categorías formales de temporalización histórica, sino también como terrenos donde las ideologías instituyen y legitiman significados dominantes.

De este modo, la articulación entre control semántico, contingencia histórica y fijación del sentido constituyen un marco teórico-metodológico lo suficientemente complejo para analizar la producción y disputa de los significados en los procesos históricos.

III. Lo semiótico-político y la disputa por el sentido en la historia

La disputa por el sentido histórico no puede comprenderse sin considerar las condiciones en que los significados del pasado son producidos y estabilizados. Mientras la historiografía conceptual de Koselleck (2004) analiza la tensión entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas, destacando las dinámicas temporales en la transformación conceptual de la historia, y la crítica del control semántico de Serey (2021) examina los mecanismos ideológicos que buscan regular los significados históricos, la analítica semiótico-política complementa ambos enfoques al aportar herramientas metodológicas para mapear las disputas de sentido (Tolentino, 2024) y sus efectos en la constitución del pasado en el acto mismo de su enunciación como unidad de análisis. Esta interacción permite una comprensión más amplia y operativa -y sobre todo susceptible de sistematización- de

cómo los discursos históricos se producen, disputan y estabilizan en contextos específicos.

Desde esta perspectiva, la enunciación y las prácticas discursivas no son simples reflejos de una realidad histórica previa, sino espacios constitutivos de significación. Al historizar el tiempo, los significados emergen de redes de interacciones donde distintos actores disputan la fijación del sentido en y desde coyunturas situadas, de modo que el momento de estabilización se convierte en el referente histórico mismo.

En consecuencia, la semiótica-política permite identificar las estrategias discursivas mediante las cuales se consolidan las interpretaciones hegemónicas del pasado. Herramientas como el modelo actancial y el cuadrado semiótico de Greimas (1976, 1983) posibilitan reconstruir las relaciones de oposición, contradicción y complementariedad en los relatos históricos, revelando las lógicas de significación que operan en situaciones de crisis o transformación del tiempo.

De este modo, se destacan las complementariedades entre la semántica histórica koselleckiana y la crítica del control semántico sereyiana, en la disputa por el sentido, destacando cómo las identificaciones sociopolíticas y los discursos dominantes configuran y reconfiguran las memorias colectivas. Así, la articulación con la analítica semiótico-política abre nuevas posibilidades para comprender y sistematizar los procesos de disputa permanente por los significados históricos.⁶

⁶ Desde la semiótica-política, el análisis metodológico se centra en identi-
Sillares, vol. 5, núm. 10, 2026, 235-275
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares5.10-177>

Por ejemplo, en la historia, los conceptos como “libertad”, “justicia” o “pueblo” han sido objeto de luchas simbólicas, adquiriendo sentidos diversos según los contextos políticos y sociales de su enunciación. Así ocurrió con la “democracia” en América Latina durante las transiciones políticas: mientras algunos sectores la vinculaban con la restauración del orden institucional, otros la concebían como un medio para profundizar la participación popular (O’Donnell y Schmitter, 1986).

Asimismo, en contextos de crisis o transformación social, las disputas por el control del significado del pasado se intensifican (Treviño, 2022). La memoria colectiva se convierte en un espacio de confrontación, donde distintos actores buscan imponer narrativas que legitimen o cuestionen proyectos políticos. Como se observa en casos como la transición postdictatorial en Chile (Stern, 2006) o la disputa por la memoria del conflicto armado en el Cono Sur (Jelin, 2002), o la construcción de la Cuarta Transformación en México en el gobierno de Andrés Manuel López Obrador (Treviño, 2022), las memorias antagónicas conviven y se confrontan en el espacio público. Por ejemplo, en el contexto de la memoria histórica argentina, las Madres de Plaza de Mayo resignificaron la categoría de “desaparecido” como un acto político de denuncia, confrontando la versión oficial de la dictadura (Crenzel, 2008). Estos casos evidencian

car los núcleos de significación en disputa, observando los procesos de hegemonía y contrahegemonía -por decirlo de alguna manera- que estructuran el campo narrativo histórico -el pasado-.

cómo la semiótica-política se perfila para rastrear las operaciones enunciativas que estabilizan el sentido semántico y resignifican el pasado desde coyunturas sociohistóricas situadas.

Por lo tanto, la historia es *más* que un registro del pasado, pues se trata de una lucha constante por la construcción del sentido, donde diversas discursividades intentan fijar significados estables en función de nuevas necesidades sociopolíticas. La analítica semiótico-política ofrece así una herramienta clave para explorar cómo los significados históricos son producidos, disputados y estabilizados en función de las dinámicas sociopolíticas de su enunciación. Pues, operativamente, esta perspectiva permite explorar cómo los discursos configuran el pasado y proyectan futuros posibles, operando la historia sobre las tensiones ideológicas y sobre las luchas por el control del sentido. Para ello, se despliegan tres estrategias metodológicas: a) el modelo actancial, b) el cuadrado semiótico y c) el análisis político-discursivo, orientadas a una intelección sistemática de las disputas por el significado en distintos contextos históricos.

III.1. El modelo actancial en la construcción del sentido histórico (a)

El modelo actancial, desarrollado por Algirdas Greimas (1983), ofrece una herramienta útil para analizar las narrativas del pasado al identificar las funciones y relaciones entre los actores involucrados en el relato histórico. En lugar de limitarse al hecho histórico, este enfoque permite comprender cómo las

representaciones del pasado son estructuradas en una trama en particular.

Descomponiéndose actancialmente, toda narrativa puede organizarse en seis funciones para la coherencia de la trama histórica tensada entre experiencias de enunciaciones y horizontes de búsquedas: el sujeto, que persigue un objetivo; el objeto, que representa aquello que se busca alcanzar o controlar; el destinador, que impulsa la acción mediante valores o instituciones legitimadoras; el destinatario, que recibe o interpreta el mensaje; los oponentes, que cuestionan o desafían la versión dominante del orden; y los ayudantes, que respaldan y refuerzan dicha trama. Esta estructura no sólo permite mapear las unidades narrativas del pasado, sino también identificar los conflictos y disputas de sentido que atraviesan las luchas por fijar una memoria histórica.

Un ejemplo relevante de esta aplicación es la narrativa de la Independencia de México. En el discurso histórico convencional, los héroes independentistas como Miguel Hidalgo y José María Morelos son configurados como los sujetos que buscan alcanzar el objeto de la libertad y la soberanía nacional. Esta acción es legitimada por un destinador simbólico, que puede interpretarse como el espíritu de la nación o la idea de justicia prometida. El pueblo mexicano, concebido como el destinatario, es llamado a apropiarse y conmemorar esta versión del pasado. En esta construcción narrativa, los realistas y la élite colonial aparecen como los oponentes, mientras que los movimientos

populares que respaldaron la lucha independentista desempeñan el rol de ayudantes, consolidando la legitimidad de la causa emancipadora.

Al aplicar este modelo es posible reconocer cómo ciertas figuras y eventos son enfatizados o marginados según intereses situados identificables desde el momento de la enunciación del tiempo social. Por ejemplo, las memorias de la Independencia que tienden a exaltar las figuras de Hidalgo y Morelos, relega a otros actores y movimientos locales a un segundo plano, una operación enunciativa que responde a una lógica de construcción de identidad nacional que privilegia ciertos símbolos y relatos específicos: “La historia de México se encarga de enaltecer a los héroes y mártires de la Independencia al mostrar solo sus valores y cualidades positivas y omitir cualquier detalle histórico que sea poco halagador sobre estas figuras históricas...” (Ramírez, 2023: 53).

Asimismo, el modelo actancial nos permite visibilizar las tensiones que emergen cuando diferentes actores sociales reconfiguran el sentido del pasado. Por ejemplo, durante las conmemoraciones del Bicentenario de la Independencia en 2010, múltiples discursos históricos convivieron y compitieron, evidenciando que la memoria es un campo en disputa. Mientras algunos sectores destacaron la lucha popular como un elemento central, otros promovieron una visión más institucional y conciliadora, minimizando los conflictos sociales de la época (Lomnitz, 2010; Anderson, 1993).

Finalmente, la aplicación del modelo actancial en el análisis de las narrativas históricas brinda herramientas para comprender cómo se construyen, legitiman y desafían las interpretaciones del pasado, al contar con los actantes implicados en la trama histórica. Pues al desentrañar las posiciones y funciones de los actores en estos relatos, es posible reconocer las operaciones discursivas que configuran la memoria colectiva y los imaginarios sociales, aportando una perspectiva crítica sobre la producción del sentido histórico que se despliega en presentes propiamente situados desde donde se enuncia el tiempo social.

III.2. El cuadrado semiótico y el mapeo de oposiciones (b)

Otra herramienta clave para comprender las dinámicas de construcción de significado en la historia, es el cuadrado semiótico (Greimas, 1976). Su principal aporte radica en la posibilidad de visualizar las relaciones de oposición, complementariedad y contradicción entre distintos conceptos en sus perspectivas históricas, revelando los marcos ideológicos que sustentan y transforman estas significaciones. A diferencia de los análisis lineales del relato temporal en busca de continuidades y rupturas, el cuadrado semiótico permite identificar cómo los conceptos se estructuran en sistemas de diferencias, donde cada término adquiere su sentido en relación con otros, para dar cuenta de *un más* que trasciende la fijación del sentido, y que explora silenciamientos en la propia enunciación del tiempo o evento pasado.

Básicamente, este modelo despliega cuatro posiciones principales: un término positivo, su negación, un término contrario y la negación de este contrario. Esta disposición no sólo expone las tensiones entre valores opuestos, sino también las soluciones intermedias o híbridas que emergen en momentos de crisis o transformación social entre elementos silenciados en la enunciación del suceso pasado. Así, las disputas por el significado histórico no se limitan a simples binarismos, sino que involucran una compleja red de significaciones en la disputa por la historia y el tiempo.

Por ejemplo, este análisis permite observar cómo las oposiciones ideológicas no son estáticas, sino que se transforman a lo largo del tiempo. Por ejemplo, durante el siglo XIX, la narrativa liberal reformuló la idea de “libertad” para contraponerla no sólo a la tiranía monárquica, sino también al “desorden” y la “anarquía” asociada a los movimientos populares (Flores, 1986). De este modo, el cuadrado semiótico puede revelar las estrategias discursivas empleadas para legitimar o deslegitimar determinados proyectos políticos, así como las resignificaciones que acompañan los procesos de cambio histórico.

En síntesis, el cuadrado semiótico se posiciona como una herramienta sensible para desentrañar las complejas disputas de sentido que atraviesan el relato histórico. Al identificar las oposiciones y resignificaciones que estructuran las tramas del pasado, esta sistematización permite comprender cómo los significados son producidos, estabilizados o desafiados en función

de las coyunturas y situaciones políticas y sociales. Así pues, esta perspectiva resulta especialmente valiosa para el análisis de las memorias colectivas y las narrativas históricas en contextos de conflicto, donde los sentidos del pasado son objeto de constante negociación y disputa.

III.3. El análisis político-discursivo: circulación y fijación del sentido (c)

Finalmente, la dimensión de una lectura político-discursiva de la sistematización semiótica propuesta, consiste en examinar la circulación de significados históricos y cómo estos son apropiados, resignificados o disputados por diversos actores a lo largo del tiempo. Desde esta perspectiva, el sentido se disputa precisamente al ser fijado en el momento de producción del relato. En tanto emergencia temporal de lo social, el pasado es constantemente reconstruido a partir de las tensiones y negociaciones del presente que lo enuncia, en una dinámica de lucha por el control del significado en el tiempo, ya sea incluso en coyunturas del pasado o del presente.

Aplicado a la investigación histórica, este enfoque revela que las narrativas sobre eventos del pasado no son meras representaciones neutrales, sino intervenciones activas en el campo político-discursivo. La construcción de narrativas históricas implica la afirmación de determinados sentidos, al tiempo que se invisibilizan o excluyen otras interpretaciones. En este sentido, las memorias oficiales y las contra-memorias

coexisten en un espacio de confrontación discursiva, donde los significados son apropiados y resignificados de acuerdo con los intereses y las posiciones de los actores implicados en la coherencia (situaciones actanciales) y el sentido (configuración semiótica) de las narrativas históricas.

De ahí que la memoria colectiva en tanto espacio de disputa, se convierte en un terreno estratégico para la construcción de identidades y la justificación de decisiones cargadas de politicidades⁷ que invitan a la continuidad o la disrupción del orden social. En consecuencia, las resistencias discursivas operan mediante la resignificación de acontecimientos históricos, cuestionando las versiones dominantes y proponiendo nuevas interpretaciones que disputan el control del pasado.

Un ejemplo es la narrativa en torno a la Independencia de México. Donde figuras como Miguel Hidalgo y José María Morelos fueron representadas como héroes fundadores de la nación (Gutiérrez, 2008; Cruz, 2014). Sin embargo, no hay duda de la participación activa e intencional de las comunidades indígenas, afrodescendientes y sectores populares cuyas narrativas fueron

⁷ La politicidad viene a representar la capacidad social para habitar, cuestionar o reorganizar los contextos de posibilidades, a través de la participación en el espacio de lo público. Este concepto alude a las acciones y reivindicaciones que expanden los límites sociopolíticos, interviniendo en las estructuras sociales y promoviendo formas de agenciamiento. En este sentido, Rancière (2006) sostiene que “la politicidad del campo común alude a la capacidad de agenciamiento de las identificaciones sociopolíticas, definiendo los lugares sociales mediante la distribución de espacios, tiempos y actividades” (Rancière, 2006: sp).

marginados de este relato, y sus experiencias quedaron opacadas en los discursos oficiales (Van Young, 2006).

En este proceso de reapropiación del sentido y de identificación de fisuras, el análisis político-discursivo permite identificar no sólo las estrategias de legitimación empleadas por la enunciación oficialista de cierto orden -ej. sectores ideológicos-, sino también las voces disidentes que emergen para disputar el significado histórico. Aplicar el enfoque político-discursivo a la investigación histórica implica reconocer que la construcción del sentido histórico es un proceso abierto y dinámico, en el cual los discursos se enfrentan, se negocian y se resignifican.

La historia, entonces, no es sólo un registro del pasado, sino un campo de lucha simbólica en el que las interpretaciones se estabilizan o se cuestionan según nuevas necesidades sociopolíticas. Estas disputas se anclan en la observación analítica de la enunciación del tiempo, particularmente del hecho pasado. En este sentido, el estudio del significado histórico exige una aproximación crítica que considere, de manera articulada, las condiciones materiales de lo social, las estructuras de poder que regulan el sentido y las estrategias narrativas que historizan presencias -siempre presentes- en coyunturas específicas.

IV. Hacia una historiografía crítica

El análisis desarrollado a lo largo de este trabajo muestra que el enfoque semiótico-político constituye una herramienta para el fortalecimiento de una historiografía crítica. Al articular la

contingencia histórica -entre lo situado y lo proyectado- con la noción de control semántico, se evidencia que los significados atribuidos a los acontecimientos no son estáticos ni neutrales, sino el resultado de disputas ideológicas y políticas. La memoria colectiva, los usos políticos del pasado y las narrativas oficiales aparecen, así, como terrenos donde la historia se negocia y se resignifica de manera constante.

En este marco, la contingencia adquiere relevancia al mostrar que los sentidos del pasado no están predeterminados, sino que emergen de la interacción entre actores, discursos y estructuras de poder. Los relatos históricos permanecen en disputa permanente, sobre-determinados por las coyunturas de su enunciación y con implicaciones sociopolíticas.

El ejercicio de desnaturalización, apoyado en herramientas semióticas como el modelo actancial y el cuadrado semiótico, permite identificar tensiones, silencios y contradicciones en las narrativas, abriendo un espacio para la pluralidad interpretativa y el reconocimiento de voces históricamente excluidas. A su vez, la analítica semiótico-política subraya que los significados no se agotan en el momento de su producción: circulan, son apropiados y se resignifican en el tiempo, lo que explica cómo conviven narrativas oficiales y voces disidentes, manteniendo el pasado como un terreno de lucha simbólica en el presente.

Un ejemplo ilustrativo es la construcción discursiva de la Independencia de México. Durante el siglo XIX, las élites consolidaron una narrativa oficial que exaltaba a héroes

como Miguel Hidalgo y José María Morelos, vinculando la gesta emancipadora con la construcción del Estado-nación (Gutiérrez, 2008; Cruz, 2014). Sin embargo, las experiencias de comunidades indígenas, afro-descendientes y sectores populares fueron marginadas de ese relato (Van Young, 2006). Este tipo de exclusiones evidencia la capacidad de los actores sociales para disputar sentidos y elaborar memorias alternativas que confrontan las versiones dominantes.

En conclusión, avanzar hacia una historiografía crítica implica reconocer la historia como un campo de lucha por el sentido, donde las interpretaciones del pasado se negocian y reformulan continuamente. El análisis semiótico-político no sólo ofrece herramientas para desentrañar las dinámicas de construcción y control del significado, sino también para visibilizar experiencias históricas silenciadas. De este modo, la historia deja de concebirse como un relato inmutable y se abre como un campo de reflexión, crítica y posibilidad, capaz de historizar el presente e imaginar futuros alternativos.

Bibliografía:

- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Appleby, Joyce, Lynn Hunt, y Margaret Jacob. 1998. *Telling the Truth About History*. Nueva York: W. W. Norton Company. Traducción: (2000) *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello.

- Aurell, Jaume. 2006. Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia, *Anuario Filosófico*, XXXIX/3 (2006), pp. 625-648. https://culturahistorica.org/wp-content/uploads/2020/02/aurell-hayden_white.pdf
- Buenfil Burgos, Rosa Nidia. 1993. *Emergencia de la mística de la Revolución Mexicana y su componente educativo*. México: DIE-Cinvestav-IPN.
- Burke, Peter. 1997. *Formas de historia cultural*. España: Alianza Editorial.
- Castoriadis, Cornelius. 1986. “El campo de lo social histórico.” *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, Primavera.
- Castoriadis, Cornelius. 2001. [1996]. “La Democracia Como Procedimiento Y Como régimen”. *Realidad, Revista De Ciencias Sociales Y Humanidades*, no. 83 (October): 593-610. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i83.4664>.
- Carr, Edward Hallett. 1961. *What is history?* Cambridge University Press. Septiembre 2025: <https://livelihoods.net.in/wp-content/uploads/2020/04/What-is-History-EH-Carr.pdf>
- Certeau, Michel de. 2000. *La invención de lo cotidiano*. Traducido por Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana.
- Crenzel, Emilio. 2008. *La historia política del Nunca Más: La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cruz Barney, Óscar. 2014. “José María Morelos En Los Discursos Conmemorativos De La Independencia De México Durante El Siglo XIX.” *Revista Mexicana De Historia Del Derecho*, n.º 29 (enero). <https://doi.org/10.22201/ijj.24487880e.2014.29.10198>.
- Derrida, Jacques. 1967. *De la gramatología*. Traducido por Cristina de Peretti. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Dogan, Mattei, y Robert Pahre. 1993. *Las ciencias sociales en movimiento: De la fragmentación a la interdisciplinariedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Febvre, Lucien. 1970. *Combates por la historia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Flores Clair, Eduardo. 1986. "La anarquía se derrumba. Bibliografía del siglo XIX (1821-1910), a partir de 1980." *Historias*, núm. 13: 129-134. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/15194>.
- Florescano, Enrique. 2012. *La función social de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 1970 [1969]. *La arqueología del saber*. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI Editores.
- Greimas, Algirdas Julien. 1976. *Sémiotique et sciences sociales*. Paris: Éditions du Seuil.
- Greimas, Algirdas Julien. 1983. *Structural Semantics: An Attempt at a Method*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Guerrero Alonso, Pablo. 2011. "Historia a Debate Y La Historiografía Del Siglo XXI." *El Futuro Del Pasado* 2 (junio): 313-334. Salamanca, España. <https://doi.org/10.14201/fdp.24651>.
- Guha, Ranajit. 1988. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.
- Gutiérrez Escudero, Antonio. 2008. "José María Morelos: El siervo de la nación mexicana (I)." *Araucaria* 10: 235-247.
- Hobsbawm, Eric. 1983. *Marxismo e historia social*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Iggers, Georg. 1997. *Historiography in the Twentieth Century: From Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hanover: Wesleyan University Press.

- Juárez Nemer, Octavio; y Leonor González Villanueva. (Coords) 2024. *Análisis de discurso: La historia, lo histórico y la historicidad*. Editorial Balam.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. <https://www.centroprodh.org.mx/impunidadayeryhoy/DiplomadoJT2015/Mod2/Los%20trabajos%20de%20la%20memoria%20Elizabeth%20Jelin.pdf>
- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, Reinhart. 2004. “Historia de los conceptos y conceptos de historia.” *Ayer. Revista De Historia Contemporánea*, 53(1), 27–45. Recuperado a partir de <https://www.revistasmarcialpons.es/revistaayer/article/view/koselleck-historia-de-los-conceptos-y-conceptos-de-historia>
- Koselleck, Reinhart. 2006. “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia.” *Revista de Estudios Políticos* 134.
- Laclau, Ernesto. 2000. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Lomnitz, Claudio. 2010. “El nacionalismo como sistema práctico.” En *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*, editado por Pilar Sandoval, 327-371. Popayán: Instituto de Estudios Peruanos. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Peru/iep/20170327041637/pdf_162.pdf.
- Mariñez, María de Rosario. 2008. “Puntos de encuentro y desencuentro para el quehacer historiográfico”, en: *Investigación social. Herramientas teóricas y Analisis Político del Discurso*, coordinado por Cruz Pineda, Ofelia; y Echavarría Canto, Laura, PAPDI: México.
- Nava Murcia, Ricardo. 2025. “Acontecimiento, contingencia e historia.” En *Contingencia y dislocación en educación*:

- Abordajes político-discursivos*, coordinado por Fabio Fuentes Navarro y Luz María Montelongo Díaz Barriga. Xalapa: Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales, 2025.
- O'Donnell, Guillermo, y Philippe Schmitter. 1986. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press. <https://s3.us-west-1.amazonaws.com/p-library/books/fea8c050dffe06d8726519d8f5eeab46.pdf>
- Ramírez González, Alma Josefina. 2023. “La Perspectiva patriótica En La enseñanza Y conmemoración De La Independencia. Las Distintas Versiones De Los Héroes Patrios.” *Bloch. Revista Estudiantil De Historia* 1 (6): 53-60. <https://revistabloch.uanl.mx/index.php/b/article/view/122>.
- Rancière, Jacques. 2006. *La política de la estética*. <https://www.revistaotraparte.com/op/cuaderno/la-politica-de-la-estetica/>.
- Sarlo, Beatriz. 2005. *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Serey, Juan. 2021. “El rol ideológico de los conceptos en la historia conceptual de Reinhart Koselleck.” *Tópicos, Revista de Filosofía* 60: 175-200. <http://doi.org/10.21555/top.v0i60.1121>
- Stern, Steve. 2006. *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*. Durham: Duke University Press.
- Tolentino Rodarte, Manuel. 2024. “Configuraciones semióticas y posibilidades políticas de la situación pública: narrativa y disputa en el proyecto de gobierno mexicano de 2019-2024.” *Cuadernos del CLAEH*, segunda serie, año 43, n.º 120: 95-111. <https://doi.org/10.29192/claeh.43.2.6>.

- Treviño Ronzón, Ernesto. 2022. “La retórica y las políticas públicas en el gobierno de la 4T. Los usos políticos del pasado, el neoliberalismo y la educación en la defensa discursiva del cambio.” En *Gobierno, política y cultura: diálogos entre tiempos y disciplinas*, 33. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Van Young, Eric. 2006. *La otra rebelión: La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. Traducido por Rossana Reyes Vega. México: Fondo de Cultura Económica.
- Verón, Eliseo. 1993. *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- White, Hayden. 1992. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, Hayden. 2001. *El texto histórico como artefacto literario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zermeño, Guillermo. 2005. “Pobreza: Historia de un concepto.” En *Los rostros de la pobreza. El debate*, coordinado por Mónica Gendreau. México: Universidad Iberoamericana/ITESO.